

triumfo
recomienda

cial y básico en el planteamiento del drama.

Mucho más podría escribirse —por ejemplo, a propósito del tratamiento de la tortura y la delación que hace Buero— y más escribiríamos en otra ocasión, entre varios motivos, para abordar el tema de la puesta en escena y de la interpretación, tema siempre difícil, por no decir amargo, en los habituales montajes de Buero en España. Pero ese pertenece, por esta vez, a otro capítulo. Porque, antes de entrar en las consideraciones que la obra suscita como «hecho escénico», quizá deba comenzarse por decir que «La Fundación» es un texto dramático en el que apoyar una seria reflexión sobre la vida española contemporánea. Y decir eso nos ha doblado ya el espacio habitual de nuestros comentarios críticos.

Dada la miseria general, el anacronismo de la escena española contemporánea, la presencia de «La Fundación», incluidas las saludables polémicas que provoca, es un hecho importante para nuestro teatro. ■ JOSE MONLEON.

«Las troyanas», una tragedia demasiado grande para el teatro español

Para admirar «Las troyanas» no hay por qué, y esa es la verdadera grandeza del clásico, meterse en disquisiciones sobre la significación de Eurípides en el teatro griego y en la historia del pensamiento occidental. En primera instancia, y por encima de cualquier otra consideración, lo que cuenta es la estremeceadora vigencia de un texto, nacido para conde-

nar los horrores de la guerra y mostrar el triste destino de todos los vencidos. El hecho de que la feroz brutalidad de «Las troyanas», con o sin la mediación de Sartre, autor de una muy oportuna versión en el «climax» de la guerra vietnamita, haya servido y sirva hoy en todo el mundo, sin más que unos retoques —en la línea de los hechos por Oscar Sáenz para la compañía Angel Guimerá, que acaba de presentarse en Madrid—, como condena de las agresiones de nuestro tiempo, no deja de ser una aterradorra acusación al que podríamos calificar de largo discurso histórico de Occidente.

Importan en «Las troyanas», de Eurípides, muchísimas cosas. Y es bien triste —digámoslo pronto— que la representación que ahora se nos ofrece, vapuleada por la crítica y desasistida de público, vaya a servir más para marginarlas que para ponerlas de relieve. Hasta doy por cierto que más de un posible espectador habrá encontrado en el rechazo general de estas «Troyanas» un nuevo argumento para seguir pensando que los clásicos son una tabarra.

Si las profundas limitaciones de la representación que comentamos hubiera que achacarlas estrictamente a la falta de talento de su director o sus intérpretes, o a la falta de ensayos —parece increíble: se oía al apuntador—, la cosa tendría menor importancia. Pero me pregunto si, como ha ocurrido tantas veces en obras semejantes, no se tratara de un caso de impotencia del teatro español de nuestros días ante empeños de este tipo. Los vencidos de Eurípides, la drammatización de sus calamidades, el lenguaje y las situaciones de la trage-

dia, reclaman una sensibilidad, una comprensión, y una técnica interpretativa que difícilmente encontraríamos en todo el censo del teatro español. Son voces y dolores que arrancan de zonas infinitamente más hondas que las puestas habitualmente en juego por nuestros actores. Algo semejante habría que decir de la puesta en escena de Esteban Polls. Ciertos recursos espectacularistas, heredados del mal Borrás o de las representaciones parroquiales de la Pasión, presentes en ocasiones a menudo celebradas, evidencian toda su trivialidad substancial cuando se aplican a textos de la grandeza y vigor de «Las troyanas».

La representación prueba, por lo demás, hasta qué extremo el hecho teatral posee unos valores que no corresponden exactamente al texto representado. En la lectura de «Las troyanas» se descubren cosas que quizá sería inoportuno citar a cuenta de esta representación. La disputa entre Helena, Menelao y Hécula, en la que se rechaza la vieja función exculpatoria de los dioses y se hace a cada hombre responsable de su comportamiento —concepto mucho más humano que el destino—, podría ser un ejemplo de lo que digo. Es obvio que el debate va más allá de un juicio de Helena. Es también un juicio de la brutalidad del ejército griego con el pueblo troyano. Porque por debajo de aquel ritual, históricamente repetido, consistente en la sumisión del vencedor y por el vencedor —y las formas de esclavitud, hasta llegar a lo que hoy llamamos explotación o colonialismo, son muchas y de diversa aparatividad—, importa en el debate citado, casi al final de

la tragedia, poner de manifiesto que nadie puede excusar su crimen en ciegos imperativos. En las tragedias del incrédulo Eurípides, los dioses no solían ser otra cosa que el nombre dado por los mortales a sus debilidades o traiciones del instinto. El asesinato del pequeño Astianax, el dolor de las troyanas, llegan a parecer, apoyados en una larga cadena de acontecimientos «inevitables», la cosa más natural del mundo. Cuando Helena defiende su traición invocando el juego de los dioses está, de hecho, justificando la «fatal» destrucción de Troya. Cuando Hécula rechaza sus argumentaciones, está levantando una nueva ética y dando a los soldados agresores, llegados de Occidente para defender el «honor» de Menelao, su exacta calificación de criminales. ¿Qué derecho tiene el oficial Talibios para excusar en su condición de soldado el cumplimiento de órdenes abyectas? ¿Qué denuncia, sólo vagamente recordada por —¡no faltaba más!— los vencedores a los vencidos de una guerra, en el proceso de Nuremberg, no avanza, nítidamente, el gran Eurípides?

Toda esta gran reflexión del dramaturgo griego, en el marco de una acción de crueldad ininterrumpida, reclama de los que quieren alzar «Las troyanas» en el escenario un punto de pasión política, de compromiso histórico, de solidaridad real con los humillados, de lucidez arrebatada que, ya digo, ni se dan en el María Guerrero ni creo que pudieran darse en ningún escenario español de nuestra hora. Vivimos un tiempo de bonitura, de hipocresía y de demagogia, y «Las troyanas» nos queda reveladoramente grande. ■ J. M.

LIBROS

CURROS ENRIQUEZ, Celso Emilio Ferreiro. Júcar. HISTORIAS E INVENCIONES DE FELIX MURIEL, Rafael Dieste. Alianza Tres. EL POLITICO, Baltasar Gracías. Ed. Correa Calderón y prólogo de E. Tierno Galván. Anaya. EL CABALLERO DE LAS BOTAS AZULES, Rosalía de Castro. Novelas y Cuentos. HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA, Siglo XVIII, N. Glendinning, SIGLO XIX, D. L. Shaw, Ariel. EL FUTURO DE LA UNIVERSIDAD Y OTRAS POLEMICAS, J. L. Aranguren. Taurus. ¿EXTENSION O COMUNICACION?, Paulo Freire. Laia. SEÑORIO Y FEUDALISMO, R. Boutruche. Siglo XXI. UN LIDER SOCIALISTA: LAYRET, J. Ferrer. Nova Terra. HISTORIA DE LA REVOLUCION RUSA, L. Trotsky. Zero. MUNDO, MAGIA, MEMORIA, Giordano Bruno. Taurus. EL EVOLUCIONISMO, B. Farrington. Laia. SUMMERHILL, J. Popenoe. Laia. PICASSO, Santiago Amon. Edicusa. ARQUITECTURA Y REPRESION, J. A. Fernández Ordóñez. Edicusa.

CINE

Madrid

FAMILY LIFE, Loach (Peñalver-Pompeya). LA INVITACION, Goretta (Palace). MONTPARNASSE 19, Becker (California). LA SALAMANDRA Y CHARLES, VIVO O MUERTO, Tanner (Bellas Artes). GRITOS Y SUSURROS, Bergman (Azul). CICLO BERTOLUCCI (Bellas Artes). CABARET, Fosse (Albéniz). CAMPANADAS A MEDIANOCHE, Welles (Barceló, sesión noche). LAS DOS INGLASAS Y EL AMOR, Truffaut (Canadá). DRACULA, PRINCIPE DE LAS TINIEBLAS, Fisher (Bécquer-Rio). ESPARTACO, Kubrick (Ciudad Lineal-Montecarlo). LA HUELLA, Mankiewicz (Paz). LA HUIDA, Peckinpah (Palacio de la Prensa-Velázquez). JOHNNY COGIO SU FUSIL, Trumbo (El Españolito). LUNA DE PAPEL, Bogdanovich (Palafox). LA NOCHE AMERICANA, Truffaut (Argentina-Fátima-Jorge Juan-Metropolitano-Niza-PavónVoz). ¿QUE OCURRIO ENTRE TU PADRE Y MI MADRE?, Wilder (Luchana-Richmond-Torre de Madrid). TIEMPOS MODERNOS, Chaplin (Roma). LOS TRES MOSQUETEROS, Lester (Proyecciones). **Filmoteca Nacional:** Consultar programación diaria.

Barcelona

COMICOS, Bardem (Alexis). LA MARSELLESA, Renoir (Ars). EL MESIAS SALVAJE, Russell (Balmes). SANDRA, Visconti (Maryland). PASEO POR EL AMOR Y LA MUERTE, Huston (Publi). LAS AVENTURAS DE JEREMIAH JOHNSON, Pollack (Virrey). EL BOSQUE DEL LOBO, Olea (Savoy). CABARET, Fosse (Florida). DOLARES, Brooks (Avenida de la Luz-Moderno-Pedro IV-Victoria). FRENCH CONNECTION, Friedkin (Maldá). FRENESI, Hitchcock (Dante). LA GATA SOBRE EL TEJADO DE ZINC, Brooks (Avenida de la Luz-Moderno-Pedro IV-Victoria). LA HUELLA, Mankiewicz (Fémina). LA HUIDA, Peckinpah (Novedades). LA NOCHE AMERICANA, Truffaut (Coliseum). UNA NOCHE EN LA OPERA, Marx-Wood (Palacio del Cinema). PERROS DE PAJA, Peckinpah (Padró). ¿QUE ME PASA DOCTOR?, Bogdanovich (Adriano-Spring-Verneda). SUEÑOS DE SEDUCTOR, Allen-Ross (Ducal-Goya-Rialto-Verdi). LOS TRES MOSQUETEROS, Lester (Nuevo Cinerama). **Filmoteca Nacional:** Consultar programación diaria.